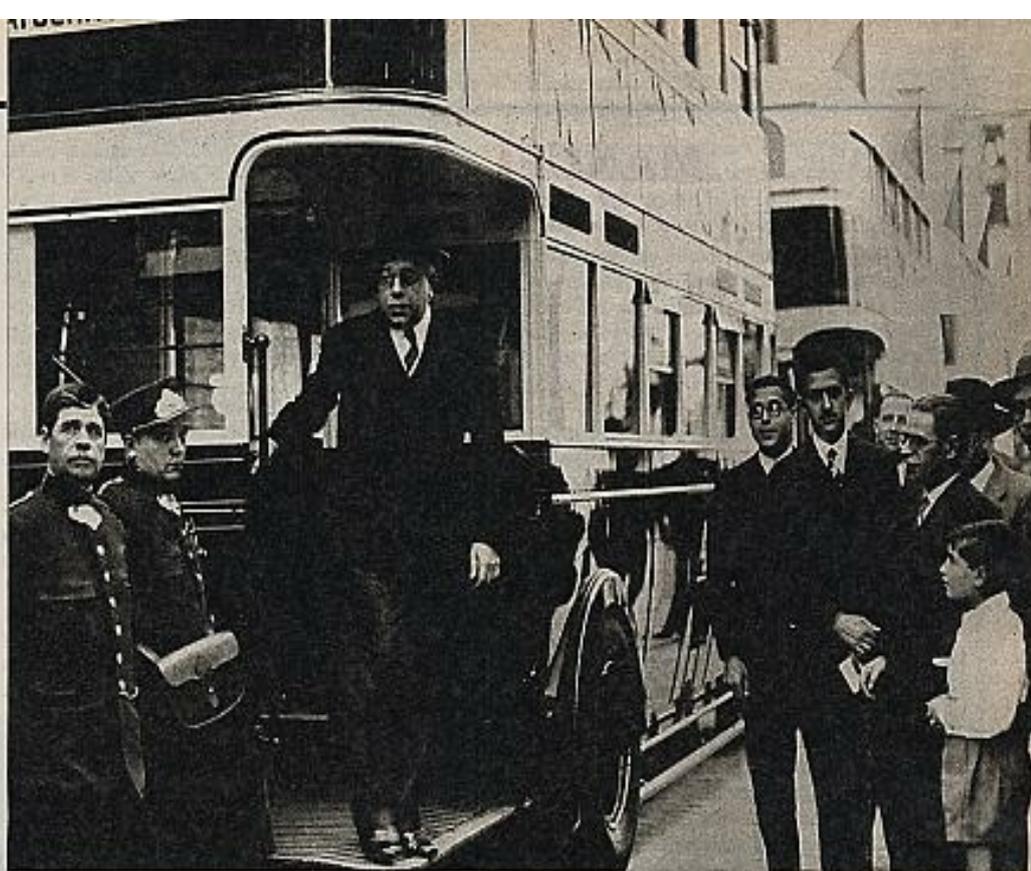


MANUEL Azaña nació hace cien años en Alcalá de Henares —el 10 de enero de 1880—. Fue testigo y protagonista de sesenta años —los que duró su vida— de grandes acontecimientos de la Historia de España; en todos se comportó como un gran español. Murió en el exilio, siendo Presidente de la República Española desposeído por la derrota en la guerra civil, y en el exilio reposan sus restos.

Cipriano Rivas Cherif, escritor, autor y director de teatro, fue su amigo de toda la vida, y estuvo también unido a él por el parentesco: doña Dolores Rivas Cherif, su hermana, fue la esposa de Azaña. Pasaron su vida unidos, hasta que el mismo exilio los separó: Azaña permaneció hasta su muerte en Montauban, vigilado por el Gobierno colaboracionista de Pétain, y Rivas Cherif fue detenido por la Gestapo, entregado a España, juzgado y condenado a muerte. Indultado y, años después, excarcelado, volvió otra vez al exilio, en Méjico. Allí escribió el libro "Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña", que se publica ahora, por primera vez, en España. Con la autorización expresa de la editorial Grijalbo de Barcelona, que publica ahora el libro, en nombre suyo y en el de los herederos que disponen de los derechos, publicamos un largo fragmento en el que se relatan los últimos tiempos de la República Española, encarnado el Estado en Manuel Azaña, hasta su salida del país; un fragmento también —el final— de la carta de la viuda de Azaña a su hermano relatándole el momento de la muerte del Presidente (recibida por Rivas Cherif en el penal del Puerto de Santa María) y otro en que se describe a Azaña como secretario del Ateneo de Madrid.

Es nuestra manera de contribuir, por la vía del conocimiento más directo de su figura, al homenaje que se le tributa en el centenario de su nacimiento; homenaje, naturalmente, no oficial, pero sí nacional y amplísimo, porque está elevado en la conciencia de muchos españoles que recuerdan, en Azaña, no sólo un hombre excepcional —aunque, como todos, sometido a la crítica histórica, personal y humana; incluso con la humanidad de sus errores—, sino, también, a una legitimidad rota por la vía de las armas. ■



Azaña inaugura la línea de autobuses Atocha-Norte.

En el centenario de su nacimiento

EXILIO Y MUERTE DE MANUEL AZAÑA

CIPRIANO RIVAS CHERIF

UNA de aquellas noches, según estábamos en el comedor después de cenar, como oyéramos en el terrado de entrada a la casa rumor de gentes que el silencio nocturno aumentaba con ese prestigio misterioso que dan la soledad y el campo oscuro a las palabras perdidas, nos asomamos al amplio ventanal sobre el valle en dirección a Montjuich, que nos cerraba la vista de Barcelona. Sobre el cielo se advertía un resplandor de incendio, a la distancia del mar, cuya brisa nos llegaba por el boquete de Badalona. Luego vimos la estela de los aviones enemigos silueteados por los cohetes de la DECA. Y en seguida, la lluvia de fuego, como artificio de pirotécnico en la lejanía, con un eco sordo de feria retumbante. De pronto, le oí decir a mi lado, con voz que la angustia apagaba en reflexión dolorida:

—¡Esto no, esto no! ¡No hay justicia en el mundo que valga la pena del horror de una guerra así! ¡Ni República ni nada!

Le conturbaba, sobre todo, el sentimiento de no participar en el peligro común, de que, por otra parte, insistía en querer apartar a cuantos no tenían un deber militarmente eficaz que cumplir, o en la política de retaguardia. Lastimado como estaba de que nunca encontrara oportuno el Gobierno que él visitase el frente, tampoco le parecía bien la continua

ostentación que con fácil desprecio de su vida, eso sí, hacía Negrín yéndose un día y otro a la primera línea y teniendo alguna vez que tirarse al suelo en una cuneta para sortear un ataque de la aviación (...).

En precipitada retirada nuestras tropas de Cataluña, e instalado a retaguardia de la casa presidencial el Cuartel General de Saravia, nos instó éste y el presidente del Consejo, una vez más, a que saliéramos de "La Barata". Accedió el Presidente de la República al fin, ante el apremio de las circunstancias, y en dos días evacuamos la vivienda, que se entregó tal cual había sido ofrecida, al Ayuntamiento de Tarrasa, que con notoria exageración pueblerina la tenía en concepto de museo, por las cuatro o cinco pinturas decentes, aunque modernas, y los cuatro cacharros que a título de colección de cerámicas se guardaban visibles en unas vitrinas (...).

Entramos en el castillo de noche ya, a poco de atravesar Figueras y no sin tener que preguntar yendo y viniendo a la salida de la carretera, lo que impacientaba al Presidente como siempre que echaba de ver la imprevisión desconsiderada de cuantos debieran haberle evitado tales inadvertencias. En el patio, al pie de la gran escalera, nos esperaba Negrín con Giral, José Giner y Pérez Rubio, en su calidad especial de custodios de los cuadros del Prado

que allí se guardaban. Luego nos hicieron recorrer las salas principales del castillo, bien alhajado de tapices, cuadros y cristalería por su dueño a la sazón, el conocido fabricante Matéu, ya lo he dicho. Nos sorprendió sobre todo la valiosísima colección de Vicente López, iniciada por uno de los últimos condes de Perelada y en que el Presidente me hizo notar un buen retrato del penitente don Carlos, a quien los carlistas llamaban Carlos V y los liberales Carlos Chapa, y otro de un fraile —trabucarse sin duda a juzgar por la cara inequívoca de faccioso energúmeno—, ejemplo evidente de que el tiempo no corre tanto, ni mucho menos cambia como nos empeñamos en creer los progresistas.

Despidiéronse el presidente del Consejo de Ministros y Giral, que seguía siéndolo sin cartera; cenó a nuestra mesa Pepito Giner, que así le llamábamos todos de la antigua costumbre de sus parientes y amigos de la Institución Libre de Enseñanza, y a los postres subió Pérez Rubio, que con Giner y otros adjuntos al servicio del museo, entre los cuales una cuñada de aquél, se alojaban en la planta baja del amplísimo edificio. El Presidente se interesó mucho por la suerte del tesoro imponderable, que tanto había costado sustraer a las incidencias de la guerra, sacándolo del Prado, bombardeado por los insurrectos de allí a poco, lle-

MANUEL AZAÑA

vándolo a Valencia, donde estuvo segurísimo, aunque enrollados todos o los más de los lienzos en la Torre de Serranos, y de allí al castillo de Perelada; traslado este último azarosísimo y en que estuvo a punto de destrucción, al pasar por Benicarló, nada menos que el famoso cuadro *Los fusilamientos del 2 de mayo* de Goya, al caerle encima, por la trepidación del camión en que iba, un balcón de hierro, desarraigado del muro por una bomba enemiga y que fue a agujerear la tela, que por los días de nuestra llegada al castillo se estaba restaurando cuidadosamente.

La casa, atendida por el mayordomo de su dueño, con algún sirviente más, estaba confortablemente puesta, hasta ese cierto punto de que no sabe pasar con verdadera grandeza ningún comerciante catalán. El Presidente echó de menos en seguida, y no digamos yo, tan friolero siempre y más en la inclemencia lluviosa de aquellos días, destemplado como teníamos el cuerpo, una calefacción suficiente. Nos pasábamos las horas, a falta de otra instalación más moderna, soplando los leños en las chimeneas, que por deshollinar de tiempo atrás nos llenaban de humo, levantándonos dolor de cabeza. Las alcobas, cada una tapizada en un color y un estilo diferente, tenían sendas camas colgadas de pesadas cortinas, que eran necesarias en el desamparo de tan amplias estancias. A mí me cupo en suerte un lecho sin colgar, en un saloncito Imperio, en cuyo decorado destacaba, sobre una mesa, un primoroso dibujo de David. Sentí después no habérmelo llevado. Acaso habrá desaparecido después de nuestra salida y a buen seguro que la malquerencia ajena nos atribuirá su desaparición.

En todo el día siguiente al de nuestra llegada no apareció por allí ningún ministro. A la noche y por la radio italiana, oímos la voz antipática del propio Mussolini dando la noticia de la caída de Barcelona.

El Presidente me mandó a Figueras, de que sólo distaba Perelada seis kilómetros, a la mañana siguiente. Giral pretendía no saber nada de la entrada de los rebeldes en la capital de Cataluña. Llegó a preguntarme si yo creía en las patrañas de la radio de Roma. No encontré ni rastro de Negrín y me llevé conmigo a Vayo, luego de esperarle bajo las bombas que circundaron el castillo de Figueras, donde se habían instalado en las inhóspitas salas del antiguo presidio las oficinas deambulantes del Ministerio de Estado. El ministro, que había tenido que regresar precipitadamente de Ginebra, sin tiempo ya para llegar a Barcelona, me había dicho antes de partir que me presentara a él a su vuelta:

—Aunque de momento ya no es ocasión —me dijo según nos dirigíamos a Perelada—, yo le tenía preparado el nombramiento de embajador en Bruselas.

Me quedé estupefacto. Nuestras relaciones diplomáticas con Bélgica estaban interrumpidas por un incidente que, una vez resuelto, invalidaba de todas suertes la presencia de Mariano Ruiz Funes, nuestro representante hasta entonces. Precisamente, al cesar en el Consulado de Ginebra quise verle e instarle a que se reintegrara a Barcelona cerca del Presidente,

a quien yo sabía muy bien dispuesto en su favor, al par que desatendido de políticos real y verdaderamente republicanos. El se había mostrado un tanto remiso y mi cuñado había cortado mi iniciativa desautorizando cualquier gestión por mi parte en aquel sentido. A él le parecía que debiera haber sido el propio Ruiz Funes y no yo, quien decidiera su reintegración a la política interior en momentos como aquéllos.

Vayo, viendo mi sorpresa, continuó:

—Sí, ahora no es ocasión; pero puede serlo pronto. —Y ante mi sonrisa de escepticismo doloroso, insistió:

—¡Ah, si resistiéramos una semana tan sólo! Porque de aquí al martes estalla la guerra entre Italia y Francia y el conflicto general de Europa es nuestra salvación.

El Presidente le habló tan claro como siempre, mucho más en aquellas circunstancias, y le instó a que buscara a Negrín. Pero Negrín no apareció por allí ni aquel día ni al siguiente.



Revistando el escuadrón presidencial.

No fue, aparte Giral, otro ministro que Bernardo Giner, del cual supimos que de Gerona a Figueras había tenido que andar a pie un buen trecho de carretera, interceptada por el sinnúmero de coches, carros y carretas, a la desbandada. La misma suerte había corrido Casares, que fue nuestro huésped los dos últimos días de su estancia en España. El Presidente no le instó a que se quedara cuando nuestro amigo le dijo que con gusto le acompañaría; pero que consideraba que era la única persona que no debía salir con él.

También fue a visitarle Martínez Barrio,

alarmadísimo por la que juzgaba excesiva pasividad del Presidente, que esperaba las decisiones del Gobierno y el poder al menos hablar con Negrín para tomar la suya.

Como del embajador francés sabíamos que estaba instalado en Perpignan con harta más razón que nuestro ministro de Estado que pasaba asimismo la frontera todas las noches, quiso el Presidente avisarle oficialmente, para que fuera a verle, y, aprovechando que mi hermano había de ir a Le Boulou, donde tenía a su mujer y al pequeño, y regresar inmediatamente, a él le dio una carta para monsieur Henry.

Visto que Negrín no se presentaba con el general Rojo como el Presidente quería, decidí en último término llamar al general solo, puesto que la precipitación de los acontecimientos obligaba a soluciones urgentes. Al cabo, el día 24, si no yerro, se anunciaron juntos en Perelada aquellos dos personajes. Hablaron largamente los tres.

Cuando el Presidente volvió al comedor donde solíamos hacer vida familiar aquellos días, estando yo solo en él a su espera, advertí en seguida, por la descansada expresión de su rostro, que se le había cumplido su mayor deseo. Antes de que tuviera tiempo de preguntarle nada, me dijo, con sonrisa en que se transparentaba la contenida emoción, a tiempo que echaba hacia atrás ambas palmas de las manos, aquel su ademán tan característico: "Paz".

No por esperada me sobrecogió menos la noticia:



Azaña, cuando era jefe de Gobierno, con los actores Margarita Xirgu y Alfonso Muñoz, que estrenaron su obra teatral "La Corona".

El general Rojo le había dicho no más entrar en el despacho con el presidente del Consejo:

—¿Qué hace usted aquí, señor Presidente? Entre esta casa y el enemigo, ya en Arenys de Mar, no hay más que la carretera.

—¿Quiere decirse entonces que la guerra está perdida? —Y ante la callada respuesta del general—: ¿Cree usted que hay manera de resistir en el centro?

El general contestó que no sabía bien la capacidad de resistencia del frente de Madrid, una vez derrumbado el de Cataluña; pero que, en todo caso, sería cuestión de cien mil bajas más.

—Entonces, señor presidente del Consejo —dijo el de la República—, no queda sino re-

querir los buenos oficios de Francia e Inglaterra por ver de obtener una paz humanitaria. Es cuanto podemos pedir ya.

—¿Quieren ustedes que vaya yo a París a gestionar ese armisticio?

El presidente del Consejo no había creído conveniente ni oportuno el infligir al Presidente de la República una humillación así. Tal creo recordar, por lo menos, de la referencia que mi cuñado me dio.

Negrín había, al par del general, insistido en que el Presidente abandonara cuanto antes aquella residencia. Y en lo que hacía al requerimiento de los representantes de Inglaterra y Francia, el ministro de Estado, que estaba al habla con ellos, a fin de trasladar a Ginebra el tesoro artístico del Prado, era el más indicado para aquella gestión.

EL SECRETARIO DEL ATENEO

En el teatrillo, contiguo al salón de patinar cubierto de cristales, estábamos contadas oyentes. Los pocos pero pertinaces patinadores, que a tales horas se ejercitaban en carreras y vueltas, chirriantes sobre la pista de portland retumbante con un eco vacío en la claraboya, distraían nuestra atención.

Apareció el secretario del Ateneo en el escenario y avanzó hasta las apagadas candeléjas, sin defensa alguna de mesa ni vaso de agua. Se produjo, ante público tan exiguo y reconocidamente suyo, con la cortedad natural que da la confianza de unos tertulios convertidos en espectadores; tan próximos además, que podía verles las caras y advertir sus gestos. Salió al proscenio con sonriente desgarbo, con paso harto precipitado para la prosopopeya que tales ocasiones piden. Llegado que hubo ante la concha sin apuntador, se encogió de hombros bonachanamente penetrado de la inanidad de aquella velada. El desplanchado de los pantalones se los acortaba con exceso.

Se acomodó los lentes, tomándolos de las pinzas con dos dedos, aunque sin llegar a contemplarlos antes de volvérselos a poner, como hacía despaciosamente cuando estaba en el Ateneo, repantigado en una butaca de mimbre al pie de la escalera y en un corro amigo.

Puesto a sacarle faltas, discrepé del coro de alabanzas, con señalar la desproporción evidente entre su corpulencia y su voz, si no tan aguda que fuese ridícula, un sí es no es inadecuada a la gravedad de su presencia. Certo que la vivacidad de maneras y la rapidez de la elocuencia discursiva, denotaba cumplidamente la realidad de su juventud, un tanto maltrecha por su descuidada pensión a la gordura y la calvicie.

Sus palabras fluían encadenadas con rigor lógico, eminentemente persuasivo el discurso, expresado en el vocablo justo, concreto, y por lo tanto, alto, sonoro y significativo, es decir, noble, entonado y preciso. Ni la noche ni la ocasión daban lugar a la grandilocuencia. No me creí obligado, ni mucho menos me rendí a una cortesía exagerada en el elogio. ■

Contándomelo parecía aliviado de la inmensa pesadumbre de aquellos días sin esperanza. Una paz humanitaria. La entrega de la República, a cambio del destierro para los que no teníamos otro camino, y la clemencia, la amnistía, para los vencidos por la injusticia de la fuerza.

Creo que fue aquella misma tarde, o a la siguiente, cuando se destacó el comandante Parra al pueblo relativamente vecino de Massanet, donde se alojaba el presidente de las Cortes y nos había dicho que había una residencia posible para el Presidente y su séquito familiar cuando menos. A todo esto habíamos sufrido, amparándonos por todo refugio en los amplios quicios de las puertas, el reiterado bombardeo, tras el terrible de Figueras, de los campos de aviación que cercaban, puede decirse, el castillo de Perelada.

El comandante Parra volvió diciendo que bajo su responsabilidad el Presidente no podía de ninguna manera acogerse a semejante desamparo como le proponían. Lo de menos era la inhóspita incomodidad del caserón que había visto en el pueblo susodicho. La casa y el pueblo en cuestión estaba al fondo de un valle pirenaico sin otra comunicación que una carreterilla a la general de Francia (...).

Al cabo, y visto que nuestra situación personal empeoraba sin que nadie tomara sobre sí el trabajo de aliviársela al Presidente, decidí éste que recogiendo mi hermana en sencillo equipaje de mano lo más imprescindible, y dejando dispuesta en Perelada la salida de la servidumbre para Francia, saliéramos una tarde nosotros sin más acompañantes que el comandante Parra y el secretario particular Santos Martínez, el cocinero y cuatro policías por toda guardia, rumbo al cuartel general, desde el día antes establecido en un pueblo cercano. En el castillo permanecían esperando asimismo la orden de salida el general Masquelet y cuantos con él compartían la Casa Militar del Presidente. Al general había habido que requerirlo a nuestra llegada al cumplimiento del más elemental de sus deberes, que eludió con notable impaciencia a nuestro arribo a Perelada, adelantándose a instalarse por su cuenta en la mismísima frontera, a unos cuantos kilómetros del castillo en que tenía con su puesto el servicio del Presidente.

Llegamos al cuartel general a media tarde y no es para dicha la sorpresa que se pintó en la cara del jefe de las fuerzas militares de la República cuando vio al visitante que se le entraba por las puertas sin más aviso. Se había alojado en un hotel particular del peor gusto catalán, decorado el hall, donde nos hallamos no más entrar, con chillones cristales de colores en puertas y ventanas. Retirándose luego el Presidente y el general a cambiar impresiones rápidamente, al mismo tiempo que lograban comunicarse con Negrín, en tanto mi hermana, con su maletín de mano, esperaba en pie con Santos Martínez y conmigo, apoyados en una mesa en el centro del vasto zaguán.

A poco de hablado por teléfono, entraba Negrín en la casa y se dirigió a mi hermana, todo sonriente:

—Pero ¿qué hace usted aquí, señora?

—¿Qué quiere usted que haga? Acompañar a mi marido.

—¿Cuánto mejor no estaría usted en Francia! ¡Las señoras, y usted perdone, no hacen más que estorbar!

MANUEL AZAÑA

—Yo no estorbo. Soy pequeña y ocupo poco sitio. Donde vaya él, quepo yo.

—Me agrada verla a usted siempre sonriente.

—¿Qué quiere usted? ¿Que agobie a los demás con caras tristes? Por fuera me sonrío siempre.

—Pues tiene usted que aprender de mí a reírse también por dentro.

—No podré. Por dentro no sé reírme; porque lo que pasa no tiene gracia.

Lo perentorio de nuestro caso cortó el incidente que amenazaba agriarse a cada réplica de mi hermana.

El general Rojo consideró que era imposible que el Presidente permaneciera allí; tanto más cuanto que el cuartel general se vería obligado, tal vez al día siguiente, a retirarse a otra parte, una vez que lo descubriera el enemigo. No podía hacer otra cosa sino ofrecernos su camión de campaña y que con él subiéramos a pasar la noche en pleno monte, en tanto el día nos deparaba alojamiento menos azaroso. Empezamos, pues, la marcha los tres coches en que íbamos, a la espera del camión que había de seguirnos.

A la entrada del pueblo de La Bajol, el comandante Parra echó pie a tierra para informarse sobre las posibilidades de nuestro alojamiento. A través de la ventanilla de nuestro coche, cuyo cristal llevábamos levantado por el frío que se dejaba sentir, le vimos que discutía vivamente con un paisano. Después vinimos a saber que al enterarse el individuo en cuestión de quién era el huésped de la localidad, había preguntado a su vez en tono despectivo: "¿Y a qué viene aquí el Presidente de la República?". Era un funcionario de Hacienda y el Presidente tuvo que intervenir para que Parra no lo detuviera.

Llegamos a la puerta de una casa, poco más que de peón caminero, que nos señalaron a la salida del lugar, al pie de la carretera que parecía seguir hasta la falda misma del monte a cuyo amparo se cobijaba el pueblo. Como nos bajábamos del coche, mi hermana pisó tierra con tan mala suerte que se torció un tobillo muy dolorosamente, cosa que la apuró mucho aquellos días en que veía cumplirse una profecía de su marido al comienzo de la guerra: "Saldremos de España a pie". Y que ella, al cabo, venía a ser el estorbo material que decía Negrín (...).

No llegamos a dormir en el camión del general Rojo. Apenas instalado a las afueras del pueblo y no bien cenamos en él, echamos de menos la calefacción necesaria a aquellas alturas por aquellos primeros días de febrero. Nos lo habían enviado sin el aparato eléctrico necesario para calentarlo y no se podía sufrir el frío. Nos acomodamos finalmente en la casa donde habíamos parado de primeras, cuya guardiana, mujer de un carabinero también, nos recibió con lloros y lástimas, aun después de enterada de la calidad de su huésped, por los cargos que pudieran hacerles sus amos. Eran los tales, el subsecretario de Gobernación, muy afecto a Negrín, y tres o cuatro médicos de Sanidad Militar, que tenían de tiempo atrás alquilado aquel refugio no sé bien para

qué menesteres, aunque muy probablemente en previsión del mismo paso en que todos nos veíamos sobre poco más o menos. Entre ellos contaba un hijo del doctor Pittaluga, hermano de mi amigo Gustavo, que, apenas transcurridas unas horas, se presentó ofreciéndose amablemente con sus compañeros. Con ellos se avino gustoso a dejarnos las seis o siete camas que componían todo el mobiliario de la casa, yéndose ellos a dormir al camión del general. Epifanio, el cocinero, tuvo que brasear los pollos de la cena en una hoguera al aire libre. Tan difícil y exiguo era el fogón de la casa.

Al día siguiente fueron a ver al Presidente el de las Cortes, don Diego Martínez Barrio, extraordinariamente solícito, y el de la Generalitat, don Lluís Companys. Este le manifestó su deseo de no salir de España, caso de que fuera necesario, un minuto antes ni un minuto después que él. Pero no participaba mi cuñado de la misma opinión. Consentía y estaba dispuesto a salir acompañado del presidente de las Cortes; pero nunca a la par de ningún otro de los jefes de Gobierno cuya compañía pudiese, ni en aquella extremidad en que estábamos,

significar paridad de representación y categoría con la suya.

A los dos días de estancia y ya resuelto, no sin tener que reiterárselo al presidente del Consejo, el relevo de los carabineros por la Guardia Presidencial, fuimos, en compañía de Giner y Bolívar —que iba y venía a Perelada y a Perpignan— a ver el último reducto del tesoro artístico del Prado, guardado a salvo de todo riesgo en una cueva de un molino antiguo, creo, al socaire de un monte. Importábase más que nada al Presidente la suerte de aquellas pinturas insignes y ya en su primera conversación en Perelada con Pérez Rubio y hablando después con Alvaro del Vayo había insistido en la primordial importancia de aquel empeño, hasta entonces logrado, de salvar el museo: "Dentro de cien años —dicia— habrá mucha gente que no sepa quiénes éramos Franco ni yo; pero todo el mundo sabrá siempre quiénes son Velázquez y Goya".

A la mañana siguiente del tercer día me llamó el subsecretario de Estado para decirme que el embajador de Francia y el encargado de Negocios de Inglaterra estaban extrañadísimos de que el Gobierno español no les instara

LA MUERTE

(Carta de la viuda de Azaña a su hermano.)

"En los últimos días de octubre, creo que fue el 28, y encontrándose en el cuarto de Saravia leyendo el periódico, no sé qué amigo llegó espantado al verme con él en la mano, y se apresuró a decir Saravia la única causa que le llevaba al hotel por si no habían visto: que el periódico traía la noticia de tu condena. Arrebatándosele materialmente, le dejaron no sólo a él, sino a mí, de tal manera asombrados, que me salí de allí para averiguar qué pasaba. Querían evitarle, según me dijeron, la información de la condena de Companys. No conseguí leerlo como yo quería, porque el periódico desapareció. Otra noche de terrible angustia creyéndome de nuevo engañada, cosa que comprobé nada más despertar. Tras la resistencia de Saravia a que se me dijera, y venciendo los que opinaban de muy distinto modo, me contó al fin la verdad de todo lo que habían leído: Habías sido juzgado en juicio sumarisimo y condenado. Sin moverme de su cuarto, adonde me habían llamado, me puse a redactar cables para los amigos y enemigos repartidos por el mundo, que pudieran ayudarnos a evitar tu fusilamiento. Y en seguida, acompañada por la monja, me fui a ver al obispo, quien, recibíendome en el acto, trató de calmarme y consolarme. Dictó dos cables, dirigido uno a Franco y otro a Roma, entregándome los a mí para mayor tranquilidad, siendo yo la que los cursara. A la mañana siguiente, alarmado por no haber recibido contestación de España, se presentó en el hotel para recibir noticias. Fue cuando ya una vez allí pasó a ver a nuestro enfermo, al que, ignorante de cuanto ocurría, le hicimos creer que su presencia no se debía a otra cosa que al deseo de saludarle. Muy complacido y sonriente, sentado al lado de la chimenea, en el corto tiempo que estuvo, le habló de ti, de los niños, de su juventud en la Universidad del Escorial, en fin, de cuanto le preocupaba, sobre todo de vosotros, como una idea fija. Poco más pudo decirle porque ya estaba muy mal. El obispo, viendo sin duda que se cansaba, nos dejó en seguida. No le valvimos a ver más; seguía, sí, interesándose por tu suerte, hasta que enterado de su extrema gravedad, volvió de nuevo a vernos, esta vez acompañado por un cura español refugiado en Francia, a quien yo no conocía, y que llevaba la pretensión de entrar a verle. Aun cuando el enfermo de nada se daba cuenta, no accedí a que lo hiciera, y si al obispo a quien tantas veces reclamé. Así terminó, al fin, sin saber si cumplía con lo que él quería. Atormentada con que alguien pudiera importunarte, llegué incluso a echar la llave en la puerta de mi cuarto, donde yo sola con mi enfermo, apenas si entró nadie más que Saravia y Antonio, que lo hacían por la habitación que se comunicaba con la nuestra. Ya por la noche, pasadas las diez, con Antonio a mi lado, viéndole morir y angustiada por mi soledad en aquel dolor, le encargué que llamara a Saravia, reunido en su habitación con unos amigos. Una vez Saravia conmigo, también por encargo mío, Antonio salió de nuevo en busca de la monja, y ésta más tarde, cumpliendo mis deseos igualmente, volvió acompañando al obispo. Minutos después nuestro enfermo espiraba, sin que yo, falta ya de resistencia, pudiera darme cuenta de nada hasta que al cabo de no sé si horas o segundos, porque nunca he vuelto a tener noción del tiempo pasado, me encontré echada en la cama de la habitación de al lado, rodeada de los amigos que me acompañaban. No pude volver a mi cuarto; sólo a la mañana siguiente quise entrar por última vez, pero de nuevo las fuerzas me faltaban para quedarme allí como quería, y tuve que salirme antes de verlos marchar... El ministro de Méjico, que con todo el personal de la Legación asistió al entierro, me llevó ese mismo día a Vichy, haciendo que conmigo vinieran también Saravia y Antonio. Antes de salir de Montauban, quise que Saravia me acompañara para despedirme del obispo. Y encargados quedaron algunos amigos de hacer como yo quería los arreglos del cementerio: simplemente una lápida de piedra con dos cipreses a su cabecera, y en la piedra una cruz de bronce sobre la inscripción:

MANUEL AZAÑA
1880-1940

"Dime —dice mi hermana en su carta de entonces— que no he hecho mal".
Has hecho bien.
El ya tiene lo que quería: su paz". ■



En 1933, foto familiar: Dolores de Rivas Cherif, Azaña y el niño José Ramón de Rivas, Cipriano de Rivas, Enrique de Rivas, Rivas Cuadrillero, Carmen Ibáñez de Rivas, Manuel de Rivas y Adelaida de Rivas.

a intervenir poco ni mucho en favor nuestro, siendo así que constituía ya un verdadero conflicto el paso incesante al otro lado del Pirineo de los fugitivos españoles, en número superior a todas las previsiones. Nada, pues, había hecho Vayo en punto a la gestión convenida con el presidente del Consejo, ocho días antes en el castillo de Perelada. Por el mismo conducto hicimos saber a monsieur Henry que el Presidente de la República deseaba verle con urgencia, así como a mister Stevenson, el encargado inglés.

Aquella misma tarde quiso ir mi cuñado hasta una masía próxima, en una altura casi en la raya fronteriza, donde se alojaba el Batallón Presidencial. Mi hermana, con el tobillo vendado todavía, nos acompañó por entretenerse en andar de nuevo, cosa que vimos hacía con relativa seguridad, lo que la tranquilizó no poco. Por el camino, su marido, que la llevaba del brazo, ibale mostrando la frontera cercana, no tan alta como mi hermana creía, desde los mil metros y pico de altura a que estábamos ya.

Nos recibió el Batallón formado. Pasamos luego a visitar las dependencias del caserón aquel, mero pretexto de la visita. Desde un terrado de la masía vimos una pintoresca comitiva de fugitivos, que buscaban ni más ni menos que nosotros el desvío de la carretera general para pasar al otro lado de la frontera. En la cocina nos encontramos con un grupo de catalanes, alto empleado de la Generalitat alguno de ellos, que nos saludaron con cierta timidez vergonzante. Tampoco esperaban otra cosa que la señal de sálvese quien pueda.

Al salir de regreso, revistió la tropa el Presidente con la cabeza descubierta. Llegado que hubo al centro de la alineación se cuadró: ¡Soldados! ¡Viva la República!

Unánime y clamoroso le respondió el viva que por el eco trascendía a los montes. Un muchacho resuelto rompió la fila adelantándose a vitorearle a él con su nombre y apellido.

—¡Viva! —respondió el Batallón.

Y una voz de un catalán rezagado:

—¡Visca Catalunya!

Nadie le siguió.

Con la garganta apretada, brillantes los ojos de lágrimas en cuantos le acompañábamos, rompió al cabo el silencio al emprender la vuelta:

—¿Has visto ese soldado...!

—¿Sería de mi pueblo! —dijo él corrigiendo su emoción con una de aquellas salidas características de su humor en propia defensa de cualquier caída en el sentimentalismo fácil.

Antes de llegar a casa, nos salió al encuentro un emisario: el embajador de Francia esperaba al Presidente. Allí nos lo encontramos y en el angosto zaguano me quedé con mi conocido de antaño ministro consejero de la Embajada, monsieur Fouq du Parc, en espera de que monsieur Henry y el Presidente hablaran en el comedor. El embajador se ofreció incondicionalmente para cuanto de él se necesitara.

Aquella noche se presentaron después de cenar Negrín, Martínez Barrio, Giral y Alvarez del Vayo. Venían a comunicar al Presidente la conveniencia de su salida del territorio nacional. El enemigo estaba a veinte kilómetros no más de La Bajol, último pueblo de España en todos los sentidos. Ante la reiteración de mi cuñado a Negrín de cuanto le tenía dicho en Perelada y aun en Barcelona, referente a su propósito de dimitir la Presidencia no más se viera obligado a trasponer la frontera, el presidente del Consejo le rogó que se aviniera, a fin de lograr las ventajas posibles en la rendición de la República, a establecerse en la Embajada de España en París. El Gobierno francés estaba de acuerdo en la ficción que suponía la estancia del Presidente español de incógnito, en el ámbito del territorio español que la Embajada podía suponer, a los efectos de la gestión que a París le llevaba. El Gobierno español venía así a aceptar tardíamente la proposición del Presidente de la República que no se había aceptado ocho días antes. Quedó, pues, estipulado que el pueblo español conocería por una comunicación radiada del presidente del Consejo la salida de España del Presidente de la República para nuestra Embajada en París, donde habían de reunirse los dos inmediatamente. Sólo por ver de salvar vidas como se comprometían en una rendición sin condiciones podía aceptar el Presidente la responsabilidad de continuar ejerciendo el cargo, de que se consideraba dimitido con haberse visto obligado a salir de España por la fuerza de las armas. A una respuesta de Vayo sobre la posibilidad de su regreso, contestó el Presidente ratificándose en la decisión de que tanto tiempo atrás tenía tomada.

Me llamaron para que copiase a máquina la comunicación pertinente al Gobierno francés, que Vayo, de quien vi varios borradores empapados, no era capaz de escribir con calma.

Toda la noche estuvimos oyendo el paso de los camiones que apresuradamente y tan a última hora pasaban a Francia, con destino a Ginebra, donde serían depositados, los cuadros del Prado. A la tarde siguiente salieron los coches por la carretera general, obstruida las más horas del día, que habían de esperarnos del otro lado del Pirineo en el pueblo de Las Illas. De madrugada emprendimos viaje en otros coches hasta donde la carretera de La Bajol se perdía en el monte. No era muy numerosa la comitiva. Echamos pie a tierra en el primer atasco del auto en que iba Martínez Barrio con su señora y su cuñada, a quienes, por cierto, no nos había presentado —ni siquiera a mi hermana—. Por timidez según Giral, que también formaba con nosotros. Nos acompañaba Negrín hasta el primer pueblo francés; con nosotros iban, a más de la Policía y el comandante del Batallón Presidencial que el día antes había hecho entrega al Presidente de su bandera, el comandante Parra y el comandante Riaño, Santos Martínez, Epifanio, el cocinero, y el ayuda de cámara, Antonio; mi cuñado Diego, hermano de mi mujer, rescatado a última hora del cuartel general de Saravia, con quien había estado desde la toma de Teruel, y Luis Martínez Díaz, hermano del infortunado sobrino del Presidente, muerto en Valencia, ingeniero como él y en servicio de la República hasta aquella fecha, y que al amparo de la memoria fraternal había acudido a refugiarse en Francia con nosotros. Pasamos la frontera todavía de noche. Advertido el puesto de carabineros de que no opusiera el menor reparo a quienes hubieran de pasar a la hora que nosotros lo hicimos, todavía uno de ellos conoció quién era el más destacado de los fugitivos y le presentó armas. Mi hermana no se dio cuenta del momento en que pisábamos tierra extranjera.

A las primeras luces del amanecer, vimos en un barranco un automóvil despeñado por modo inverosímil, dado lo inaccesible, incluso a pie, de aquellos vericuetos. Giral se cayó al resbalar en el hielo del sendero, y Martínez Barrios se quedó rezagado al torcerse un tobillo como mi hermana pocos días antes.

En Las Illas nos recibió el alcalde, y cuando ya habíamos tomado los coches de la Presidencia que allí nos esperaban después de dar la vuelta por el Perthus, y nos encaminábamos a Le Boulou, llegó a nuestro encuentro un delegado del Prefecto de los Pirineos orientales. Negrín se despidió del Presidente hasta de allí a dos días en París. Mas tuvo que contener la emoción al decir adiós al comandante López Gómez, a quien ordenó que licenciara a los soldados a sus órdenes. Muchos otros vimos ya a la deriva de aquellos caminos de montaña. También licenció allí mismo a los agentes de Policía.

Llegamos hasta Perpignan, a dejar a Giral en la estación, porque fuera a reunirse con su familia y después con el Presidente en París, al mismo tiempo que Negrín y Martínez Barrio. Eran las nueve de la mañana todavía cuando sorprendimos a sus hermanos y a sus sobrinas, que con mi hermano, mi cuñada y mi hermana soltera no nos esperaban aún en Le Boulou. El primer momento del destierro fue de alivio y descanso... ■